

Que me arrebatara mi dicha.

ADAN.

¡Oh! ¡es verdad! y yo olvidaba...

SALADA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Adan mio!

ADAN. (*Con aspereza.*)

Mujer, quita.

(*Se arranca de ella: la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adan el primero.*)

FIN DEL CUADRO.

## CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,  
Cuando alegre las calles el gentío  
Y en grupos mil estrepitosos suena  
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reloj la una;  
La paz reinaba en el sereno azul;  
Bañaba en tanto la dormida luna  
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
De soberbia fachada, en un balcon  
Penetraba su rayo macilento  
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
Aureos sofás de blanco terciopelo,  
Sillas de nácar y marfil indianos,  
Los pabellones de color de cielo;

Caprichos raros de la industria humana,  
Relieves y elegantes colgaduras,  
Jarrones de alabastro y porcelana,  
Magníficas estatuas y pinturas

Ornan confusos la soberbia estancia  
Y se pierden en mágica cruja,  
Salones tras salones; y á distancia  
Se abre de mármol ancha gradería;



Y allá á un jardin, mansion encantadora  
De las hadas conduce, y mil olores  
Esparce en los salones voladora  
La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso  
De aquel templo magnífico será?  
Templo soberbio, alcázar grandioso  
Que con oro amasó la vanidad.

Bella como la luz de la serena  
Tarde que á la ilusion de amor convida,  
El alma acaso de amarguras llena,  
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho  
Riquísimo allí está, los brazos fuera;  
Palpítale desnudo el blanco pecho;  
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa  
En un escorzo lánguido caida.

Turbios ensueños á su frente ansiosa  
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella  
Su tibia luz en rayos adormidos,  
En desórden brillando en torno de ella  
Mil lujosos adornos esparcidos.

Allí un vestido de francesa blonda,  
La piocha allí de espléndidos brillantes,  
La diadema de piedras de Golconda,  
Sobre el sofá los aromados guantes;

De flores ya marchita la guirnalda,  
Allí sortijas de oro y pedrería,  
Arrojada en la alfombra rica banda,  
Bordada de vistosa argentería.

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,  
No os quejeis si os arroja con desden:  
¡El placer, la esperanza y los amores

Ella arrojó del corazon tambien!

¡Ay! que los años de la edad primera  
Pasaron luego y la ilusion voló;  
Y al partirse dejó la primavera  
Al sol de Julio que agostó la flor.

Y al alma sólo le quedó un deseo,  
Y un sueño le quedó á su fantasía,  
Loco afan y engañoso devaneo,  
Que en vano en este mundo hallar porfia.

Y el corazon que palpitaba ufano  
Henchido de esperanza y de ventura,  
Donde placer halló, lo busca en vano,  
Perdida para siempre su frescura;

Y en vano en lechos de plumon mullido  
En rica estancia de dorado techo  
Se reclinan sus miembros adormidos,  
Mientras despierto le palpita el pecho,

Y en él inquieto el corazon se agita,  
Y un tropel de deseos y memorias  
Su mente á trastornar se precipita  
Volando ansioso tras mentidas glorias.

Y en vano busca con avaro empeño  
Paz para el corazon en sus rigores;  
Sus ojos cerrará piadoso el sueño;  
Pero no el corazon á sus dolores.

Despierta, cuenta con mortal hastío  
Las horas en su espléndida mansion;  
Lánzase al mundo y con afan sombrío  
Huye otra vez de su enojoso ardor.

Todo le cansa, en su delirio inventa  
Cuanto el capricho forja á su placer;  
Y ya cumplido, su fastidio aumenta,  
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! ¡que no hay artífice en el mundo  
Que sepa fabricar un corazon,



Ni sabio hay, ni químico profundo  
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,  
Aquéllos oros por allí esparcidos,  
Extranjeros riquísimos primores  
A que eligiese á su placer traídos,

Viólos apénas y arrojólos luégo  
Acá y allá lanzados con desden;  
Que hasta su alma y el sentido ciego  
Todo le cansa cuanto en torno ve.

Y duerme ahora, y su entreabierta boca  
Donde entre rocas se entreve el marfil,  
Respira del afán que la sofoca

Fuego que el corazon lanza al latir  
Sus labios mueve, y en su hermosa frente  
Rasgos inquietos crúzanse en monton;  
Cual detras de la nube trasparente  
Sus rayos lanza moribundo el sol.

Y acaso entre una lánguida sonrisa  
Resbalar una lágrima se ve,  
Cual suele el movimiento de la brisa  
Diáfana gota por la flor correr.

¿Por qué esa angustia y respirar violento?  
¿Por qué soñando con dolor suspira?  
¡Tan hermosa y con tanto sentimiento!  
¡Ay! ¿por qué al corazon lástima inspira?

Un hombre, en tanto, de feroz semblante,  
De repugnante y rústico ademan,  
Y en la diestra un puñal, con vigilante  
Faz cuidadosa y temeroso andar,

Súbito entró en la estancia, y silencioso  
A la dormida dama se acercó;  
Contemplóla un momento silencioso,  
Y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un liron»,—dijo en voz baja

A otros que afuera y en aguardo están,  
Y añadió mientras cierra su navaja:—

«Manos, pues, á la obra y despachar.»

Y con destreza y silencioso tino  
Abren y descerrajan á porfía,  
Alegre el corazon del buen destino  
Que sus intentos favorece y guía.

Y aquí amontonan, y acullá recogen,  
Rompen allí y arrojan con desden,  
Y aquí los unos con cuidado escogen,  
Despédazan los otros cuanto ven;

Y con ánsia brutal oro buscando  
Con insaciables ojos la codicia,  
Riquezas y tesoros anhelando,  
Riquezas y tesoros desperdicia.

Éstremécese el alma al menor ruido  
De temeroso sobresalto llena;  
Páranse un punto, aplican el oido,  
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño  
Rompe el silencio súbito rumor;  
Y vuelven todos con airado ceño  
Los ojos con afán donde sonó.

Y lleno de infantil sándia alegría,  
Miran á Adán, que escucha embelesado  
La estrepitosa súbita armonía  
Que oculta en un reloj de pronto ha hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena,  
Y ávido de sorpresa el corazon,  
Indiferente actor de aquella escena,  
Registra todo con pueril candor.

Y aquí contempla y palpa los colores  
De rico pabellon de oro bordado;  
Allí admira los nítidos primores  
Del limpio nácar y el marfil labrado;



Mas allá, en la pared, le maravilla  
Aparecida mágica figura,  
En cuyos ojos animados brilla  
Cándida luz de celestia! dulzura :  
Formas aéreas que copió en el cielo  
La mente de Murillo y Rafael,  
Virgen divina, celestial consuelo  
Que trasladó á la tierra su pincel.  
Y un caballero vió que le miraba,  
Que vivo allí lo trasladó Vandik,  
Que altivo y con desden le contemplaba,  
De noble aspecto y ademan gentil ;  
Y el tierno amor que el rostro de hermosura  
De la Virgen purísima le inspira,  
Trocó luégo en orgullo la bravura  
Del caballero aquel que adusto mira.  
Intrépidos en él clavó sus ojos  
Brillantes de belleza y juventud,  
Y provocar queriendo sus enojos,  
Llegóse á él y le acercó la luz.  
Tocóle, en fin, é imaginóse luégo  
Que sombra nada más la imágen era ;  
Y al irse despechado y con despego  
Lanzó al retrato una mirada fiera.  
Y volviendo la espalda, vió arrogante  
Un mancebo galan que hácia él venía,  
De negros ojos y gentil semblante,  
Que al suyo reparó se parecia ;  
Y sonrióse y vió con gusto extraño  
Su figura airosísima allí dentro,  
Que tan terso cristal de aquel tamaño  
Nunca hasta entónces la copió en su centro.  
Y alegre el corazon, miróse al punto  
De sí agradao, y reparó en su traje,  
Y volviendo al retrato cejijunto,

Luégo lo comparó con su ropaje ;  
Y parecióle que mejor cayera  
Aquel vestido en él que el que tenía,  
Y mejor que su daga considerara  
Aquella larga espada que ceñía.  
Y una ninfa despues, blanda y desnuda,  
Al aire ve que suelta se desprende ;  
Gentil guirnalda que su salto ayuda  
En sus manos purísimas suspende :  
Suavisima figura y hechicera  
En escogido mármol de Carrara,  
Que al aire desprendida va ligera,  
El juicio pasma y los sentidos para.  
Todo lo mira Adan, todo lo teca,  
Todo lo corre con prolijo afan ;  
Y allá en los sueños de su mente loca  
Ser gran señor imaginando está ;  
Y carrozas, y triunfos, y contentos,  
Raudos caballos de indomables brios,  
Y raros y magníficos portentos  
Brindan á su ansiedad sus desvarios.  
Y esto deja entro tanto, aquello toma,  
Destapa un pomo de dorada china,  
Viértese encima su fragante aroma,  
Allá á otro objeto su atencion inclina ;  
Toca y enciende un rico pebetero,  
Báñase en ámbar súbito la estancia ;  
Y en un sillón sentándose frontero  
Gózase en su dulcísima fragancia.  
Más allá, relumbrante joyería  
Sobre una mesa derramada está,  
Y se prende una flor de pedrería ;  
Luégo al espejo á contemplarse va :  
Niño inocente que encantado vaga  
En medio al crimen que acompaña ciego,



Que cuanto en torno ve todo le halaga,  
Y á todo codicioso acude luégo ;  
Que de la cárcel á los dulces lazos  
Pasó encantado en su primer amor,  
Y la bella Salada entre sus brazos  
Enamorada de él le aprisionó ;  
Que luégo el mundo apareció á sus ojos  
Adornado de gala y alegría,  
Y su vista creó nuevos antojos,  
Nuevos ensueños que gozar ansía.  
Y libre allí, cual caprichoso niño,  
Que alegre corre y libre se figura,  
Si burló acaso el maternal cariño  
Y por campo y ciudad va á la ventura ;  
Así la dulce libertad sentida,  
Adan huyó de su infeliz manola ;  
Y allí en su gozo embebecido olvida  
La que le llora enamorada y sola.  
Y así mirando y revolviendo todo,  
Párase ante un magnífico reloj,  
Y de gozarlo imaginando modo,  
Toca, y la oculta música sonó.  
Al impensado estrépito los ojos  
Volvieron todos, y mirando á Adan  
Saltaron á sus rostros los enojos,  
Y áun alguno echó mano á su puñal :  
— «Clávale ahí : ¡ maldita sea la hora  
Que ese menguado con nosotros vino ! » —  
— «Por poco, señor Curro, se acalora» —  
Repuso Adan mirando al asesino.  
Y con sereno rostro y con desdén,  
Señalando al puñal se sonrió ;  
Dobó el bandido á su sonrisa el ceño  
Y colérico á herirle se arrojó.  
Trabárase la lid, si un alarido,

Un agudo chillido penetrante,  
Parando el movimiento al foragido,  
No resonára en el preciso instante.  
— «Alto, dijo volviéndose ; hablar quedo,  
Voy á tapar la boca á esa mujer :  
Nadie se mueva, no hay que tener miedo,  
Hacer el hato vivo y recoger.»  
¡Favor, favor ! con afanoso acento  
Una mujer, en su desórden bella,  
Súbita en el salon falta de aliento  
Y que en sus propios pasos se atropella,  
Preséntase, y mirando á los bandidos,  
Siente la voz helársele, y suspira,  
Y piedad implorando entre gemidos  
Los bellos ojos temerosos gira :  
Ojos que vierten lágrimas y velan  
Su clara luz realzando su ternura,  
Mientras suspiros en sus labios vuelan  
Con fatiga que aumenta su hermosura,  
Y mientras caen los agitados rizos  
Que la sofocan á su ansiosa faz,  
Aumenta en su congoja sus hechizos  
La blanca mano que á apartarlos va.  
Y su voz, que se ahoga entre suspiros  
Simpática enternece el corazon,  
Ecos suaves, regalados tiros  
Que al corazon de Adan lanza el amor.  
Sintió piedad mirándola afligida,  
Que era su hermoso rostro como el cielo,  
Cuando si llueve en la estacion florida  
Colora el sol el trasparente velo.  
¿ Qué ciegos ojos la beldad no encanta ?  
¿ Qué duro corazon no vuelven blando  
Los ojos lastimeros que levanta  
Al cielo la mujer que está llorando ?



Los ladrones allí y en torno de ella,  
Los estúpidos rostros agitados;  
Y ella postrada y en extremo bella  
Los ojos y los brazos levantados.  
— «Silencio, juro á Dios!— con mano ruda  
Dijo asiéndola un brazo el capataz—  
Atale ese pañuelo, atras lo anuda,  
Y que hable para sí si quiere hablar.»  
Djole á otro, que á la dama hermosa,  
Un pañuelo doblando se acercó,  
Mientras el capataz con su callosa  
Mano la boca á la infeliz tapó.  
Miraba Adan, miraba á la hermosa  
De la gentil y dolorida dama;  
Miraba luégo á la cuadrilla impura  
Que su belleza con su aliento infama.  
Y cuando al bruto bandolero mira  
Poner su mano rústica en su boca,  
Arrebatado en generosa ira  
Que á fiera lid su corazón provoca,  
Tira de su cuchillo y se adelanta  
Saltando en medio al círculo, y cogió  
Del cuello al capataz con fuerza tanta  
Que en el suelo de espaldas le arrojó;  
Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende  
Describiendo una línea circular,  
Y la turba, que al verle se sorprende,  
Dos ó tres pasos échase hácia atras.  
¡Oh! ¡cuán hermoso en su gallardo empeño  
Palpitante la faz, vivos los ojos,  
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño  
Añade gentileza á sus enojos!  
Aquellos rizos que en sus hombros flotan  
Tirada atras la juvenil cabeza,  
Las venas que en su frente se alborotan,

Su ademan de bravura y ligereza;  
Y aquella dama que postrada llora,  
Yerta á sus piés y la razon perdida,  
Y que azorada y temerosa ahora  
Yace temblando á su rodilla asida;  
Y en torno de él las levantadas diestras  
De sus contrarios del cuchillo armadas,  
Con ademanes y feroces muestras  
Su muerte á un tiempo amenazando airadas;  
En medio aquel desórden y el despojo,  
¡Cuán grande en ardimiento y gallardia  
Muestran al mozo que en su noble arrojó  
Un genio fabuloso parecia!  
Alzase en tanto la navaja en mano,  
Los labios comprimidos de la ira,  
Como pisada vibora el villano  
Que cayó al suelo y que rencor respira;  
Y él y los otros al mancebo saltan,  
Salta el mancebo que los ve llegar,  
Y ántes que á él lleguen los que así le asaltan  
Logra la espalda en la pared guardar.  
Quieto allí contra el ángulo resiste  
Ojo avizor el impetu primero,  
Y á veces salta y en la turba embiste  
Con presto brinco y con puñal certero.  
Y en silencio, que sólo algun rugido  
Sordo rompe ó mascada maldicion,  
Sigue la lucha, y al mancebo ardido  
La vil canalla acosa en derredor.  
Como trailla de feroces perros  
Sobre el cerdoso jabalí, que espera  
Con diente avaro y encrespados cerros,  
Se arrojan á cebar su saña fiera;  
Y aquí y allá con ávida porfia  
Le acosan, y el colérico animal



En cada horrible dentellada envía  
La muerte al enemigo más audaz ;

Así, pero no así, sino más fieros,  
Con mayor furia y sin igual rencor,  
Acometen á Adán los bandoleros ;  
Crece la lucha y crece su furor.

Y cual ligero corzo que parece,  
Saltando zanjás, que en el aire va,  
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,  
Y vuelve á la pared cuando lo da ;

Y entre ellos luchando, en medio de ellos  
Revuélvese y barájase y desliza  
Su cuerpo, y fatigados los resuellos,  
Pueden apenas sostener la liza ;

Y aquí derriba al uno, al otro hiere,  
Y como *terne* diestro se repara,  
Y á todos á uso de la cárcel quiere  
Marcarlos las heridas en la cara ;

Y unos, turbados de manejo tanto,  
Y otros caidos, de vencida van,  
Cuando los gritos á aumentar su espanto,  
Llegan de gentes que se acercan ya.

La justicia, dijeron : y el violento  
Choque suspenden, corren al balcon ;  
Y Adán corre también, y huye al momento  
Que la palabra de *justicia* oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido  
Que oyó en su vida pronunciar tal vez ;  
Hospedado en la cárcel la ha aprendido,  
Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa  
Dama que generoso defendió ;  
Riquezas, lujo, estancia suntuosa,  
Y allá á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura

Unos tras otros á la calle van :  
Ninguno allí del compañero cura,  
Sálvase como puede cada cual ;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto,  
Más práctico y sereno, haciendo un lío  
De cuanto recoger pudo en secreto,  
Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire  
Apretada su prenda al corazon ;  
Y desprendido se soltaba al aire  
Cuando la gente en el salon entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,  
Como en Madrid tan nuevo,  
Corrió dos ó tres calles sin destino ;  
Y huyendo acá y allá y á la ventura,  
Sólo se halló, y en una calle oscura  
Al saltar del balcon perdido el tino.

Y luego se asegura,  
Y mira alrededor si alguién le sigue,  
Y tranquilo prosigue,  
Mas sin saber á dónde, su camino.  
Iba despacio andando.

Súbito hirió su oido  
La bulla y bailoteo  
De una cercana casa, y al ruido  
Dirigió nuestro héroe su paseo.  
Rumor de gente y música se oía  
Y voces en confusa algarabía,  
Y al estrépito alegre se juntaba  
Choque gentil de vasos y botellas ;  
Y al són de la guitarra acompañaba  
Alguno que cantaba,



Y con lascivos movimientos ellas.  
Dió la vuelta á la esquina,  
Y en la casa del baile y la jarana  
Vió con sorpresa que á calmar no atina  
De par en par abierta una ventana ;  
Y en una estancia solitaria y triste,  
Entre dos hachas de amarilla cera,  
Un fúnebre ataud, y en él tendida  
Una jóven sin vida,  
Que áun en la muerte interesante era.  
Sobre su rostro del dolor la huella  
Honda grabado habia  
Doliente el alma al arrancarse de ella  
En su congoja y última agonía.  
Y allí, cual rosa que pisó el villano,  
Y de barro manchó su planta impura,  
Marcada está la mano  
Que la robó su aroma y su frescura.  
Una mujer la vela,  
Vieja la pobre; y llora dolorida  
Junto al cadáver; y volverla anhela  
Con besos á la vida.  
Y ora llorando olvida  
Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,  
Que á alterar de la estancia dolorosa  
La lúgubre paz viene;  
Y en darla dulces nombres cariñosa,  
Y en besar á la muerte se entretiene.  
Y á veces abren súbito la puerta  
Que adentro lleva adonde suena danza,  
Y sin respecto y de tropel se lanza  
Un escuadron de mozos, que á la muerta  
Con impureza loca contemplando,  
Búrlanse de la vieja, profanando,  
Con torpes agudezas la sombría

Misera imágen de la muerte fria.  
Y allí es de ver, la vieja codiciosa  
En medio de su amarga  
Y sincera afliccion, cual la rugosa  
Mano al dinero alarga,  
Y á los mozos impíos  
Les llama entre sollozos *hijos míos*;  
Y de llorar ya rojos  
Enjuga en tanto sus hinchados ojos;  
Y entre suspiros mil echa su cuenta,  
Y luégo se lamenta  
De nuevo, y á su mísero quebranto  
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.  
Y en tanto, alegre suena  
En la cercana sala el vocerío,  
La danza, el canto y bacanal faena,  
Regocijo, guitarra y desvarío.  
Miraba Adán escena tan extraña  
Con piadoso interes desde la reja,  
Y á la cuitada vieja,  
Que en agradar sus huéspedes se amaña,  
A par que en llanto de amargura baña.  
El cadáver aquel, que parecia  
Que con toda su alma lo queria.  
Y el baile y la alegría  
De la cercana estancia le admiraba,  
Y el bullicioso y placentero ruido  
Que confuso llegaba  
A mezclarse á deshora á su gemido.  
Y de saber y averiguar curioso  
El caso doloroso  
Que unos celebran tanto,  
Con tan amargo llanto,  
Llamó luégo á la puerta, y desfadada  
Una moza le abrió toda escotada,



El traje descompuesto,  
Con desgarrado modo y deshonesto.  
Y entró en un cuarto donde vió á una mesa  
Entre la niebla espesa  
Del humo de cigarros medio envueltos,  
Seis hombres asentados  
Con otras tantas mozas acoplados  
En liviana postura,  
Que beben y alborotan á porfía;  
Y aquel el vaso apura,  
Y el otro canta, y en inmunda orgía,  
Con loco desatino  
Al aire arrojan vasos y botellas,  
Ellos gritando y en desórden ellas,  
Y con semblantes que acalora el vino.  
Y aquel perdido el tino  
Tiéndese allí en el suelo;  
Y éste, bailando con la moza á vuelo,  
A las vueltas que traen  
Tropezando en su cuerpo de repente,  
Ella y él juntamente  
Sobre él riendo á carcajadas caen.  
Bebe tranquilo aquél; disputan otros,  
Brincan aquéllos como ardiendes potros  
Que roto el freno por los campos botan;  
Y mientras todos juntos alborotan,  
Alguno con el juicio ya perdido  
Murmura en un rincón medio dormido.  
Solicita una moza al forastero  
Llegóse, y preguntóle que queria,  
Llamándole buen mozo lo primero.  
— «Quisiera yo, alma mia,  
Adán le respondió, si se me deja,  
Ver á esa pobre vieja  
Que está en ese aposento

Velando á la difunta.» — «¡ Ah, es su hija!  
A las seis se murió; buen sentimiento  
Nos ha dado la pobre, era una rosa:  
¡Todas nosotras la queríamos tanto!  
Dios la tenga consigo: ¡tan hermosa,  
Y ahora muerta! Vea usted, ¡pobre Lucía!  
Razon tiene en llorar doña María.  
Entre usted por aquí.» — Y abrió una puerta,  
Y hallóse Adán con la afligida madre,  
Y el cadáver miró, y á hablar no acierta:  
Reina siempre en redor del cuerpo muerto  
Una tan honda soledad y olvido,  
Tan inmensa orfandad, allí tendido  
Desamparado ya del trato humano,  
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,  
Que en vano el pensamiento  
Presume ahondar tan misterioso arcano,  
Y recogido su ambicioso giro  
Pliégame al corazón que ahoga un suspiro.  
Miraba Adán, miraba los despojos  
De aquella un tiempo que animó la vida,  
Sobre el cadáver los inmuebles ojos,  
Y el alma con angustia y dolorida;  
Y turbia y embebida  
La mente, contemplándola allí atento,  
Embargó sus sentidos  
Un mudo inexplicable sentimiento  
En el vacío del no ser perdidos.  
Y olvidó donde estaba,  
Parado y aturdido el pensamiento,  
Y miraba y callaba  
Sin hacer ademán ni movimiento,  
Mas que de cuando en cuando suspiraba.  
Rompió el silencio la angustiada vieja  
Con lastimada voz y entre quebrantos,



Que encuentra eco á su doliente queja  
Y halla un consuelo entre pesares tantos,  
Viendo al mancebo aquel desconocido  
Lloroso como ella y dolorido.

— «¡Véala usted, señor, cuando cumplía  
Apénas quince años!... ¡Hija mia!»

— «Buena mujer, repuso con ternura  
Volviendo Adan en sí de su letargo,  
¿Cómo en tanta tristura,

En tanto duelo y sentimiento amargo,  
Permitis ese estrépito á deshora,  
Y danza y bulla tanta,

Mientras dolor tan íntimo quebranta  
Vuestro llagado corazón que llora?»

— «¡Ay, respondió la vieja desolada,  
Vivo de eso, señor; no tienen nada

Que hacer esos señores  
Conmigo y mis dolores.

Vivan ellos allá con sus placeres,  
Y mientras besan el ardiente seno

De esas locas mujeres,

Yo, con el corazón de angustias lleno,  
Beso aquí solitaria en mi agonía

La boca de mi hija muda y fría.

¡Hija mia, hija mia!

¡Ah! ¡para el mundo demasiado buena!

¡Dios te llevó consigo!

Mas es dura mi pena,

Y cruel, aunque justo, mi castigo.»

Dijo: y rompió con tan amargo llanto,

Que la voz le robó su sentimiento,

Y en su mortal quebranto,

Convertido en sollozo su lamento,

El llanto, que hilo á hilo le caía,

Por sus mejillas pálidas corría,

— «Yo, buena madre, ignoro,  
Nuevo en el mundo aún, lo que es la muerte,  
Adan le respondió; pero ¿quién pudo  
Arrebatár sañudo

La que fué vuestro encanto, de esa suerte?  
¿Será imposible ya darla la vida!

La antorcha ahora encendida,

Si la apaga mi soplo de repente,

Juntándola otra luz resplandeciente

Torna al punto á alumbrar; y aquella llama,  
Que en la existencia de esa niña ardia.

¿No hay otra luz que renovarla pueda?

¿Acaso inmóvil para siempre y fría

Con el aliento de la muerte queda?

Vos sois pobre tal vez... ¡Ah! Con dinero

Quizá se compre; débil y afligida,

Los muchos años vuestro ardor primero

Gastaron, y el elixir de la vida

Se halla léjos de aquí... Decidme dónde;

Decidme dó se esconde,

Y yo allá volaré; si, yo un tesoro

Robaré al mundo y compraré la vida,

Y la apagada luz, luégo encendida

Veréis brillar, y enjugaré ese lloro,

Volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego

Que haga á esos ojos recobrar su ardor?

¿Dónde las aguas cuyo fértil riego

Levante fresca la marchita flor?»—

Dijo así Adan con entusiasmo tanto,

Con tan profunda fe, con tanto celo,

Que la vieja, á pesar de su quebranto,

Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

— «¡Pobre mozo! ¡delira!

Si comprar esa vida se pudiera,



Esta vieja infeliz, que yerta miras,  
Por una hora siquiera,  
Por un solo momento  
De ver abrir los ojos celestiales,  
Y otra vez escuchar el dulce acento  
De la hija querida de su alma,  
¿Qué puedes figurarte que no haria?  
¿Qué crimen, qué castigo  
Por recobrarla yo no arrostraria,  
Y otra vez verla palpar conmigo?  
¿Sabes tú que una hija es un pedazo  
De las entrañas mismas de su madre?  
Por un beso no más, por un abrazo,  
Y morirme despues, el mundo entero  
Pidiendo una limosna correria;  
Y con los piés desnudos y millanto  
Piedras enterneciera en mi quebranto,  
Y al mundo mi dolor lastimaria.  
¡Oh! ¿que del alma mia,  
Pobre Lucía, te arrancó la muerte,  
Y el corazon contigo de mi pecho  
Arrancó de esa suerte,  
A tantos males y aflicciones hecho!  
¡Hora fatal, maldita  
Por siempre la hora aquella  
Que el hombre aquel te contempló tan bella!!!  
¡El Señor me la dió y él me la quita!  
¿Cómo ha de ser!!! »—Y el corazon partido,  
Secos los ojos, exhaló un gemido.  
En remolinos mil su pensamiento  
Vagando Adan por su cabeza siente,  
Que no acierta á explicarse el sentimiento  
Que á par que el corazon turba su mente.  
« El Señor me la dió y él me la quita! »  
Repite luego en su delirio insano,

Y penetrar tan insondable arcano  
Su mente embarga y su ansiedad irrita.  
El Dios, ese que habita  
Omnipotente en la region del cielo,  
¿Quién es, que inunda á veces de alegría,  
Y otras veces cruel con mano impia  
Llena de angustia y de dolor el suelo?  
Nombrar le oye doquiera,  
Y á todas horas el mortal le invoca,  
Ora con ruego ó queja lastimera,  
Ora tambien con maldiciente boca.  
Tal devanaba Adan su pensamiento  
Que en vano ansioso comprender desea,  
Y en medio al rudo afan que le marea,  
Los hombros encogió. Dudas sin cuento,  
De su ignorancia y su candor nacidas,  
No del alma lloradas y sentidas,  
Sueños de su confuso entendimiento  
Su mente asaltan, y por vez primera  
Adan súbito siente,  
Volar queriendo, sin saber adonde,  
Del corazon ardiente  
La perpétua ansiedad que en él se esconde.  
—« ¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,  
Madre infeliz, la cana cabellera  
Tendida al aire, y los quemados ojos  
Con muestra lastimera  
Y bañados de lágrimas, de hinojos  
No os postrais ante Dios? ¡Ah! si él os viera,  
Desdichada, á sus piés, cual yo á los míos,  
Y los ojos de lágrimas dos rios,  
Y ese del corazon hondo lamento  
De amarga y melancólica querella  
Oyera, y el profundo sentimiento  
Que en esa seca faz marcó su huella



Y en vuestro corazon fijó su asiento,  
Contemplára cual yo: ¿ por qué á la rosa  
Que súbito secó ráfaga impura  
No renovára su color hermosa,  
Y volviera su aroma y su frescura?  
Desdichada mujer, ¡oh! vén conmigo,  
Juntos lloremos á sus piés tus penas:  
El nos dará su bondadoso abrigo.  
A la fuente volemos,  
Eterno manantial de eterna vida;  
Y la rica simiente allí escondida  
Juntos recogerémos.  
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,  
Vuélvate la esperanza tu energía,  
Y el cuadro de tu mísero quebranto,  
Soledad y agonía  
Muestra á ese Dios, y con humilde ruego  
Que no será, confía,  
Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.» —  
La vieja en tanto levantó los ojos  
Al techo, y murmuró luego entre dientes  
Quizá sordas palabras maldicientes.  
O quizá una oracion; que el más sufrido  
Suele echar en olvido  
A veces la paciencia y darse al diablo,  
Y usar por desahogo,  
Refunfuñando como perro dogo,  
De algun blasfemador rudo vocablo;  
Mas todo se compone  
Con un «Dios me perdone»;  
Que así mil veces yo salí del paso,  
Si falto de paciencia juré acaso;  
Y cierto, vive Dios, si no jurára,  
Que el diablo me llevará;  
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento

Y el ánimo se achica, por que crezca,  
Y el corazon se ensanche y se engrandezca  
No hay suspiro mejor que un juramento;  
Y aun es mejor remedio  
Para librar el tedio,  
Mezclarlo con humildes oraciones,  
Como al són blando de acordada lira  
La voz de melancólicas canciones,  
Confundida suspira;  
Y así tambien se dobla la esperanza,  
Que adonde falta Dios el diablo alcanza.  
Yo á cada cual en su costumbre dejo,  
Que á nadie doy consejo;  
Y así como el placer y la tristeza  
Mezclados vagan por el ancho mundo,  
Y en su cauce profundo  
A un tiempo arrastran flores y maleza;  
Así suelen tambien mezclarse á veces  
Maldiciones y preces;  
Y yo tan sólo lo que observo cuento,  
Y á fe no es culpa mía  
Que la gente sea impia  
Y mezcle á una oracion un juramento.  
Testigo aquella vieja  
De la antigua conseja  
Que á San Miguel dos velas le ponía,  
Y dos al diablo que á sus piés estaba,  
Por si el uno faltaba,  
Que remediase el otro su agonía.  
Mas juro, vive Dios, que estoy cansado  
Ya de seguir á un pensamiento atado,  
Y referir mi historia de seguida,  
Sin darme á mis queridas digresiones,  
Y sábias reflexiones  
Verter de cuando en cuando; y estoy hartó



De tanta gravedad, lisura y tino  
Con que mi historia ensarto.  
¡Oh, cómo cansa el orden! No hay locura  
Igual á la del lógico severo;  
Y aquí renegar quiero  
De la literatura,  
Y de aquellos que buscan proporciones  
En la humana figura,  
Y miden á compás sus perfecciones.  
¿La música no oís y la armonía  
Del mundo, donde el apacible ruido  
Del viento entre los árboles y flores  
Se oye y la voz del agua y melodía,  
Y del grillo y las ranas el chirrido,  
Yal dulce ruiseñor cantando amores,  
Y las de mil colores  
Nubes blancas y azules y de oro,  
Que el cielo á trechos pintan?  
¿La blanca luna, el estrellado coro  
No veis, y negras sombras á lo léjos  
Y entre luz y tinieblas confundidos  
El horizonte terminar perdidos  
Negros velos y espléndidos reflejos?  
Y la noche y la aurora...  
Pues entónces... Mas basta, que yo ahora  
Del rezo ó juramento  
Que allá entre dientes pronunció la vieja,  
Así como el que deja  
Senda escabrosa que acabó su aliento,  
Al llegar á este punto me prevalgo,  
Y de este canto y de su historia salgo.

FIN DEL POEMA.



